

7IB140

Casa Salesiana Sant Jordi

Passeig de la Vall d'Hebron, 256 bis
08035 BARCELONA



Tirso Pinos Sevillano

Salesiano Sacerdote.

*Nacido en Villoria de Órbigo (León)
el 6 de enero de 1953.*

*Fallecido el 5 de octubre de 1995,
en Barcelona.*

*Después de 24 años de profesión
y de 14 años de sacerdocio.*

*«Yo pensé: a la mitad de mis días
me tengo que marchar.
Me privan del resto de mis años.
Levantan y enrollan mi vida
como una tienda de pastores.
Como un tejedor devanaba yo mi vida,
y me cortan la trama.
Día y noche me estás acabando» (Is. 38, 10-13).*

Tantas veces habíamos rezado juntos los laudes del martes de la segunda semana y hasta habíamos bromeado sobre el patetismo y la plasticidad del texto de Isaías. Y, de pronto, aquellos planteamientos que parecían tan ajenos a nuestra vida, cobraban un realismo escalofriante. El diagnóstico de aquella tarde de mayo de 1993 no dejaba lugar a dudas. ¡Ni a esperanzas!

Tirso descubrió desconcertado que Isaías hablaba de él. Y lo fue haciendo suyo, no sólo en lo que tenía de descripción angustiada de su situación, sino también en lo que tenía de invocación confiada. «¡Señor, sal fiador por mí!» (Is. 38, 14).

A lo largo de los dos años y cuatro meses que ha durado su calvario, comentó: «Ahora entiendo lo que fue Getsemaní». Tirso, como Jesús en el huerto, vivió con angustiada lucidez lo que irremisiblemente se le venía encima. Pero, como Jesús supo decirle a Dios: «Padre: que no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú». (Mc. 14,36).

Y la voluntad del Padre fue llevárselo el día 5 de octubre de 1995 en esta Casa Salesiana de Sant Jordi donde era director desde el curso 1992-93 y adonde había llegado destinado como formador de los postnovicios y de los prenovicios y vicario de la casa en el curso 1987-88.

1. Orígenes

Tirso nació en Villoria de Órbigo (León), el 6 de enero de 1953, en el cristiano hogar de Agustín y Hortensia, último de cuatro hijos. Creció en un ambiente sano y religioso. Su padre era organista de la parroquia. Su primera escuela fue el parvulario que tenían las religiosas Premonstratenses en su monasterio de Villoria. Allí brotaron sus primeros gérmenes de vocación y podríamos decir que allí recibió también la primera llamada a la santidad. En efecto: con motivo de la fiesta del santo patrono del pueblo, las religiosas lo revistieron con el atuendo de soldado romano, propio del mártir San Tirso, y lo hicieron subir a la hornacina del retablo substituyendo a la estatua.

Quizá sin saberlo las religiosas le hicieron la gran propuesta de su vida: «Te queremos santo. Los jóvenes, los hombres de hoy te necesitan vestido de santidad».

2. Formación

Los gérmenes de vocación y de santidad acogidos en la familia tuvieron pronto buena ocasión de desarrollarse.

Invitado por don Antonio Cabello, salesiano leonés arraigado en la inspecto-
ría de Barcelona, partió para Sant Vicenç dels Horts en 1964. Aquí inició el
aspirantado el 2 de septiembre. Despues lo completó en Gerona donde estuvo
hasta el curso 1969-70.

En unos ejercicios que hace en 1969 concluye sus notas personales con las
expresiones siguientes: «Todo se resume en ¡Cristo y adelante! *Mi vivir es Cristo*
(Gal. 2, 20). *Jamás pereceré* (Sal. 30). *Habitaré en la casa del Señor por días sin
término*» (Sal. 23).

Iba quedando atrás su aventura infantil de vestirse de romano y ocupar el
lugar de San Tirso mártir y había empezado seriamente a revestirse de Cristo y
ponerse en su lugar.

En 1970-71 lo encontramos en Godelleta (Valencia) haciendo el noviciado
bajo la austerdad bondadosa y sonriente de don Benjamín Juaristi, por quien
guardaría siempre una gran admiración. Se entregó a las tareas del noviciado con
ideas claras y voluntad generosa. Así queda patente en su carta de petición al
noviciado: «Quiero ser religioso sacerdote, para *no pertenecerme, sino pertenecer a todos*. Quiero hacer de mi vida una entrega total, un servicio a todos: a los pobres
y a los ricos, a los jóvenes y mayores, a los enfermos y a los que no conocen a
Cristo. Quiero dar lo más grande que tengo, mi persona, al servicio de Dios en
la Congregación Salesiana».

Se iba revistiendo de los sentimientos de Cristo. Y estos mismos los encon-
tramos expresados insistente en las sucesivas peticiones a la profesión
religiosa.

Hizo la primera profesión como salesiano el 16 de agosto de 1971 en Godelleta.

Pasó después a Sentmenat (Barcelona) donde cursó tres años de pedagogía
y filosofía (1971-74)

Fue después a Huesca (1974-78), donde hizo magisterio mientras trabajaba
en nuestro colegio de San Bernardo y luego, en la Residencia Provincial de
Niños. Fueron años muy intensos: estudios, actividades pastorales, clases, parti-
cipación activa en los movimientos estudiantiles de aquellos años de nuestra
transición como delegado de magisterio. Ello le llevó a tener contactos con las
autoridades y los incipientes partidos. Gozó de la confianza y amistad del señor
Obispo Mons. Javier Osés que fue su valedor en algunas ocasiones difíciles.
Tirso guardó para él hasta el final un gran agradecimiento y admiración.

Pero de esta época habría que destacar su generosa entrega a los niños y
jóvenes de la Residencia y su capacidad para despertar y acompañar en la
vocación salesiana, religiosa y laical, a algunos jóvenes colaboradores en quienes
dejó una profunda huella.

Hizo la profesión perpetua el 25 de junio de 1978 y partió para Martí-Codolar
(Barcelona) para realizar sus estudios teológicos. También aquí se entregó en

cuerpo y alma al estudio, a colaborar en la comunidad y a las tareas pastorales en la cercana Parroquia de San Antonio.

Recibió la ordenación de sacerdote el 25 de abril de 1981.

Seguidamente fue enviado a la Universidad Pontificia Salesiana de Roma donde obtuvo el título de licenciado en filosofía. Dejó en profesores y alumnos muy buen recuerdo por su capacidad intelectual, su buen humor, su espíritu de trabajo y su compañerismo.

3. Actividades y ministerio

Regresó a Martí-Codolar como profesor de filosofía (1983-87) destacando por su competencia, claridad expositiva y por su cercanía. Además colaboró intensamente en el Centro Juvenil, desplegando su celo apostólico, su creatividad para alumbrar nuevas iniciativas al servicio de los jóvenes marginados y su capacidad de amistad con salesianos, monitores y jóvenes.

En este tiempo se hace también cargo de la Biblioteca del centro de estudios, donde, en un trabajo oscuro y no siempre valorado, enterraba muchas horas de su vida y muchas energías.

El curso 1987-88 es enviado a la Casa Salesiana *Sant Jordi* de Horta, de la que es nombrado director en 1992. Durante estos años sigue como profesor de filosofía en Martí-Codolar y también en nuestros colegios de Sarriá (Santo Ángel) y de Horta (San Juan Bosco). Para él las clases serán un medio para acercarse a la vida de los jóvenes y conducirlos hacia la profundidad del hombre, del mundo y de Dios. Atiende también, mientras tanto, a la formación de los jóvenes salesianos, con quienes establece relaciones profundas y exigentes que les ayudan a madurar como personas, como creyentes y como salesianos. Fue maestro en el arte de acompañar con intuición, con exigencia y con respeto.

Y aún sacaba tiempo para dedicarse generosamente a la misión educativa y evangelizadora en el vecino Colegio San Juan Bosco. Gracias a él muchos jóvenes consolidaron su proceso de fe y su vocación de servicio.

Y en los veranos aún tenía energías e ilusión para predicar ejercicios a salesianos y salesianas, para organizar y acompañar cursos para monitores y para los mil pequeños trabajos que surgen en la comunidad: cuidado de las plantas, limpieza, cocina, etc.

Otras actividades complementarias, pero no menos exigentes para él, que se entregaba a fondo siempre, serán la coordinación de Centros Don Bosco de Catalunya y la Asociación de Padres de Familia del Colegio de las Religiosas de la Inmaculada de Horta.

Esta asociación le dedicó una jornada de reflexión el domingo día 17 de marzo de 1996 bajo el título: *En memoria de un amigo*. Hicieron memoria viva de todo lo que Tirso había dejado en sus vidas y en las de sus hijos. Concluyeron formulando un compromiso: «Que continúe vivo en nosotros todo lo que de él hemos recibido y que Tirso nos ayude a ser un poco lo que él fue».

4. Perfil

Como rasgos más destacados de su personalidad humana, hay que decir que Tirso era un hombre inteligente, trabajador, responsable, entregado, creativo, organizador. Fue servicial y sacrificado, exigente consigo mismo y con los demás. Poseía un fino sentido del humor y una simpática ironía, con las que protegía su natural timidez. Tenía una buena capacidad para establecer relaciones de amistad, un trato atento y respetuoso, una gran sensibilidad para los detalles. Era educado, temía molestar, temor que expresó de diversas maneras durante su enfermedad, por ejemplo con la discreción en recibir visitas...

Vivía profundamente arraigado en su tierra leonesa de la ribera del río Órbigo y en su familia, a pesar de la distancia geográfica. Se mantuvo cordialmente cercano a sus hermanos y a sus sobrinos con los que cultivaba una relación casi de igual a igual en sus juegos, en las bromas y en el afecto.

Pero también fue capaz de enraizarse en Huesca y, últimamente, en Catalunya. Amando a las personas (jóvenes o mayores), aprendió a amar su tierra, su lengua, sus costumbres. Se expresaba correctamente en catalán y quiso que, sobre su ataúd, pusiéramos las Constituciones abiertas en la página de la fórmula de la profesión en catalán.

Como cristiano poseía una fe recia y convencida, de la que dio testimonio espléndido durante su enfermedad. Fe expresada en la oración y en el celo apostólico. Muchos de nosotros somos testigos de su fraterna queja porque en los ambientes salesianos no se evangelizaba más o porque se dejaron ocasiones de anunciar a Cristo y su Evangelio a los jóvenes. «Estoy dispuesto, escribía en 1981 en vísperas de su ordenación sacerdotal, a poner toda mi persona al servicio del Evangelio de forma cada vez más exigente. Quiero ser con mi vida bueno y fiel transmisor de la Palabra de Dios, proclamador con mi testimonio de la buena noticia de la salvación liberadora de Jesucristo».

Se iba revistiendo de Cristo cada vez más.

Tirso también fue un salesiano hasta la médula:

Se sintió totalmente en sintonía con la misión de la Congregación salesiana. «Me identifico totalmente con la misión juvenil de Don Bosco, a la que quiero consagrar toda mi vida», escribió el 24 de mayo de 1977. Unos pocos meses antes de morir confiaba a un salesiano: «En la Congregación salesiana no habré sido todo lo bueno que debía, pero he sido muy feliz».

Tuvo un profundo y entrañable amor a la juventud. Desde la Residencia de Huesca escribe: «Al solicitar los votos perpetuos... quiero estar disponible al Señor Jesús en todo lo que soy y tengo. Quiero imitar su amor entregado. Como Don Bosco quiero evangelizar a los jóvenes pobres y abandonados y dejarme evangelizar por ellos. Los jóvenes son el mayor estímulo de mi vocación» (15 de mayo de 1978).

Y un año después, ya en Martí-Codolar: «Mi presencia salesiana en la Parroquia de San Antonio me ha ayudado mucho... Esta experiencia me ha hecho ver, con mayor claridad si cabe, que hay muchos jóvenes que necesitan mi donación

total a ellos también en el servicio de la Palabra y los Sacramentos» (19 noviembre 1979).

Al pedir el diaconado manifiesta: «Los jóvenes, sobre todo los más pobres y abandonados en todos los sentidos, quiero que sean los depositarios de toda mi vida consagrada visiblemente al servicio de Dios y de los hombres, como Don Bosco».

Hay que destacar también su amor a los otros miembros de la familia salesiana. Con los cooperadores tenía una relación cordial y estimulante, y una profunda amistad y admiración con muchos de ellos. Cuidaba y seguía a muchos de sus antiguos alumnos, algunos de ellos a través de un grupo de fe.

Con la Hijas de María Auxiliadora mantenía una relación de cercanía, de amistad y comunión con el carisma de su origen. A raíz de una visita a Morne se, cuna de las salesianas y de su cofundadora, Santa María Mazzarello, Tirso escribía a una amiga salesiana: «Desde la ventana de la Valponasca comprendí muchas cosas. Sobre todo porque es una ventana que *centra* la vista en la tierra y en sus gentes y en la presencia encarnada de Cristo en medio del mundo».

Y la presencia permanente de María en su vida. Cultivó un sencillo amor y una filial confianza en María Auxiliadora, a la que confió repetidamente su vida y a la que honraba con expresiones auténticas, aunque sencillas, como era la preocupación para que ante la imagen de la capilla hubiera siempre alguna flor fresca.

Vivió también su sacerdocio como una dimensión permanente de su vida, como una autodonación constante, como una autoinmolación que culminó en su dolorosa enfermedad y su muerte. Ejerció su ministerio con naturalidad, pero con una gran profundidad.

5. El testimonio de su última etapa

Tirso ha sido para muchos un testigo del amor de Dios, a pesar de las ambigüedades y limitaciones de su vida, como de toda vida humana.

Pero ha sido en estos dos últimos años donde su testimonio se ha hecho más sólido, al tener que atravesar la barrera del dolor y del desconcierto de la enfermedad.

Un hermano que ha acompañado muy de cerca a Tirso en su dos años y medio de enfermedad, nos comunica: «Durante los últimos dos años y medio que he podido acompañar fraternalmente a Tirso lo he descubierto sobre todo como un profundo creyente, un gran hombre de fe».

Desde la fe se encaró al incomprendible misterio de su enfermedad. Se ha llevado a la tumba la inquietante pregunta del porqué y el cómo de su enfermedad.

Con confiada fe, asumió Tirso el silencio de Dios sobre su enfermedad. Desde el principio se puso en manos de los médicos y en manos de Dios a través de la mediación de sor Eusebia Palomino. Rezó y rezamos insistente y confiadamente... Aprovechando un viaje a Sevilla, visitó la tumba de sor Euse-

bía... Un día me dijo. «Yo ya he hecho bastante; ahora les toca a los de arriba». Y los de arriba han callado hasta el final. Un silencio que, sólo desde la fe, Tirso aceptó –y aceptamos– sin rebelarnos...

Según confesión explícita del mismo Tirso, sólo en la fe encontró fuerza suficiente para no ceder a la tentación límite que le asaltó en una ocasión.

En una carta que escribió (y que no llegó a enviar) a Ricardo Arias, inspector de Bilbao, y también fallecido de cáncer, le abría el corazón desde la comunión que produce en sufrimiento:

«Querido Ricardo:

Soy Tirso Pinos, el director del postnoviciado de Barcelona. Te agradezco la carta que has enviado a los Hermanos de tu inspectoría. La sintonía con tus sentimientos y vivencias es total. También yo estoy en la misma situación que tú. ¡Venga, Ricardo (como tú dices) defendamos la vida!

El 24 de mayo (¡precisamente!) me detectaron una grave enfermedad. Llevo ya un año y cuatro meses con análisis, visitas médicas, toneladas de pastillas... yo que hasta entonces sólo había tomado Frenadol y Couldina...

Las perspectivas con que se vive la vida cambian realmente de un día para otro. Cierta escritura de Dios cuesta mucho de leer. Pero sé que la voluntad y el proyecto del Padre sobre mí es mejor y más alucinante que todo lo que pueda soñar.

Hay momentos muy duros. La cruz cobra una fuerza inaudita y un realismo escalofriante en ciertas ocasiones. Parece que te va a aplastar. Es entonces cuando, desde la fe, descubres que la cruz tritura, si la quiere llevar uno solo, pero te das cuenta que al otro lado del travesaño está Él llevándola contigo. Y Él tiene mucha experiencia de llevar sobre sí todo el dolor humano.

No te rindas, querido Hermano, tu Inspectoría te necesita y puedes dar, como hasta ahora has dado, mucha vida e ilusión pastoral. Estoy muy, muy contigo. Haz lo que puedas en tu ministerio de Inspector, pero no abuses: cuídate, descansa... Los hermanos nos comprenden perfectamente. Tu misión es ahora tu misma persona y tu testimonio de fe y vocación entre tus hermanos. Deja las cuestiones estructurales en manos de otros y que no te preocupen...»

Aquí queda de manifiesto su fina sensibilidad, su capacidad para salir de sí mismo al encuentro del otro, su toque humorístico, su amor a la Congregación, su fe.

Sigue el testimonio de otro hermano que le acompañó de cerca en sus días más difíciles:

«La fe le ayudó a descubrir la callada fecundidad apostólica de sus cada vez más limitadas fuerzas. No poder trabajar como antes constituyó uno de sus profundos sufrimientos. Aceptaba con gusto *venir a predicar conmigo*, ser apóstol desde la cama, y ofrecía repetidamente su enfermedad por los jóvenes y por las nuevas vocaciones.

Confesó claramente su fe en la vida eterna. Al recibir la comunión decía con fervor y en latín la invocación: *El Cuerpo de Cristo guarde mi alma para la vida eterna*. Sobre todo en las últimas semanas emocionaba la forma como subrayaba

la expresión para la vida eterna. Me dijo más de una vez que desde el cielo iba a interceder mucho para que el Señor suscitara muchas vocaciones para la vida religiosa salesiana.

La vida del querido Tirso ha sido, sin duda, mucho más... Pero puedo asegurar que cuanto torpemente he expresado pertenecía a la esencia más auténtica de su persona».

6. Agradecimientos

Al concluir esta pequeña nota biográfica de nuestro hermano y amigo Tirso siento que la memoria debe culminar en agradecimiento.

Agradecimiento a Dios por el regalo que nos ha hecho con la vida generosa de Tirso y también agradecimiento (aún no suficientemente sentido) por su enfermedad y su muerte. También su enfermedad la intuimos desde la fe como un regalo aunque el corazón se resiste a verla así...

Agradecimiento a Tirso por haber sabido cuidar y regalar los dones que recibió de Dios.

Agradecimiento a sus hermanas Ani y Santi y a su hermano Alfonso, que se volcaron en cuidados y atenciones con él y le acompañaron hasta el final.

Agradecimiento a los profesionales de la salud del Hospital Clínico de Barcelona que le prodigaron sus mejores servicios técnicos y su enorme calidad humana.

A la Hermana Joaquina, Salesa, que se desvivió durante muchos meses para que a Tirso no le faltara nada. A los hermanos de la Inspectoría Miguel Carabias, Antoni Domènech, Josep Colomer sin cuya ayuda, a nuestra pequeña comunidad hubiera resultado muy difícil salir adelante. A don Jesús Carilla, *el ángel bueno de Tirso*, como lo llamaban sus hermanas, que tantas horas le dedicó y tanta compañía humana y espiritual le hizo.

Y a los jóvenes salesianos de la comunidad que han asistido atentos y doloridos a esta lección de bien vivir y bien morir que nos ha dado a todos Tirso.

Acabo con la oración agradecida y comprometida que le dedicaron las familias del Colegio de la Inmaculada en su encuentro *En memoria de un amigo*:

«Que su vida fructifique en todos nosotros, y especialmente en los jóvenes y en los más necesitados, a los que él dedicó intensamente su vida. Que todo lo que sobre él hemos estado hablando y recordando, no se quede en solas palabras, sino que la semilla que él sembró florezca en todos los ámbitos de la vida diaria.

¡Gracias, amigo, por el don de tu vida!»

A juzgar por los testimonios, Tirso no ha pasado por la vida *vestido de romano* como otro san Tirso, patrón de Villoria, sino vestido de Cristo, como otro Don Bosco, aunque de talla más reducida.

MANUEL BELLMUNT